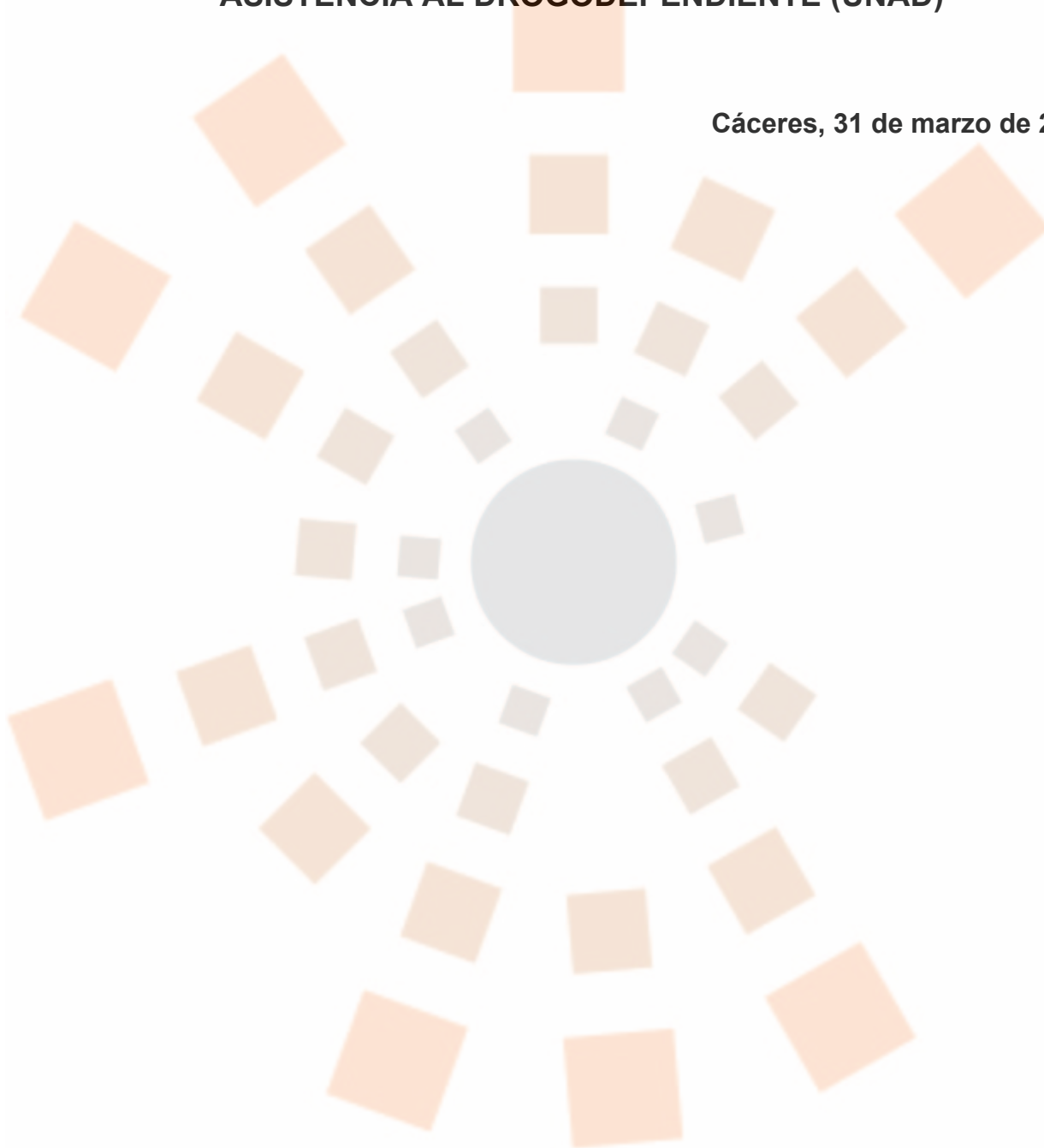


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA
INAUGURACIÓN DEL VII CONGRESO INTERNACIONAL DE LA
UNIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES Y ENTIDADES DE
ASISTENCIA AL DROGODEPENDIENTE (UNAD)**

Cáceres, 31 de marzo de 2000



**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA INAUGURACIÓN DEL
VII CONGRESO INTERNACIONAL DE LA UNIÓN ESPAÑOLA DE
ASOCIACIONES Y ENTIDADES DE ASISTENCIA AL DROGODEPENDIENTE
(UNAD)**

Cáceres, 31 de marzo de 2000

Señor alcalde de Cáceres, señor Presidente del Tribunal Superior de Justicia de Extremadura, señora Presidenta de la Diputación, señoras y señores.

Las normas de la oratoria indican que, de vez en cuando, el orador que se dirige a un auditorio utilice alguna frase de algún autor célebre que permita introducir el discurso en el auditorio, para saber por dónde este orador quiere circular. Y en alguna ocasión yo he tenido tentación de buscar esas frases célebres y ayer también, pensando en este Congreso, veía qué frase podría introducirme en lo que quiero decir y pensé en lo que un drogodependiente me dijo en la reciente campaña electoral pasada, cuando, solicitando la participación de los ciudadanos, este hombre se me acercó y me dijo una frase que creo que resume brillantemente lo que quiero decir. Me dijo: “nosotros, los drogodependientes, estamos con la democracia, pero la democracia no está con nosotros”. Y creo que es una frase acertada, cargada de razón, y que explica claramente lo que está ocurriendo con el mundo de la drogadicción en nuestro país y en nuestra cultura occidental. Porque si la democracia estuviera con la drogodependencia, hoy toda España estaría pendiente de lo que se decide, lo que se discute, lo que se debate en este VII Congreso de la asociación más importante ha dicho el Subdelegado, el Subdirector General del Plan Nacional de Drogas toda España estaría pendiente de qué es lo que aquí se discute y qué es lo que aquí se acuerda.

Y cuando yo venía en el coche he hecho zapping entre las distintas emisoras de radio, para ver si en alguna tertulia de las que son habituales a estas horas de la mañana, alguien hacía algún tipo de referencia a esto que tan importante es para quien lo sufre, para quien lo vive, para quién lo padece. Pero, sin embargo, como decía mi amigo, el drogodependiente, la democracia no está con este mundo. Porque nadie, absolutamente nadie, se ha hecho eco de lo que ustedes pretenden conseguir con este Congreso, que, sin duda, tanto esfuerzo cuesta a los organizadores y tanto esfuerzo cuesta a todos aquellos que se han tenido que desplazar a la ciudad de Cáceres. Y si la democracia estuviera con la drogodependencia, hoy estaría aquí buena parte del mundo político español pendientes e interesados de lo que ustedes discuten, de lo que ustedes debaten, de lo que ustedes deciden. Y al mismo tiempo, ustedes estarían satisfechos de que efectivamente la política, la democracia, a través de sus representantes pudieran estar aquí hoy dándoles ánimos, apoyo y, sobre todo, oídos para saber qué es lo que ustedes tienen que decir.

Si la democracia creyera en los drogodependientes, seguramente el problema tendría una solución mucho más fácil de las dificultades con las que ustedes y yo visualizamos el final de esta situación.

El sistema, por lo tanto, no solamente no cree en los drogodependientes, sino que, desde mi punto de vista, los utiliza como la mejor coartada, como el mejor pretexto para asegurar el éxito del sistema.

Antes, hace unos años, la situación económica de cada ciudadano era el mejor freno que tenía el sistema para impedir que todos llegaran a la cúspide. El que tenía dinero llegaba, el que no tenía dinero normalmente se quedaba. Hoy después de los avances del Estado del bienestar, el dinero ha sido sustituido por la droga y el que consume droga, se queda, y el que no consume droga tiene posibilidad de llegar; por lo tanto, lejos de ser esto un atentado contra el sistema esto es lo que justifica y lo que hace triunfar al sistema. Y el sistema lo utiliza, lo permite y en algunas ocasiones yo diría que casi, casi, hasta lo premia.

Ahora, repito, es la droga la que establece las diferencias entre los ciudadanos, entre el que puede subir por las escaleras y llegar a la cima y el que se caera irremediamente por la ladera cuando caiga en este terrible y terrorífico mundo de la droga. Y, lo que es peor, la sociedad, desde mi punto de vista, no está interesada en que aquel que se caiga pueda de nuevo ponerse en el primer peldaño, para ayudarlo a subir por la escalera, para que pueda llegar a la cima. Porque la sociedad -y esta es otra frase, que no es mía, que no se de quién es, pero que yo asumo como mía- la sociedad recompensa a quien roba mucho y castiga a quien roba poco. Y esta es la razón por la que las cárceles españolas están llenas de personas, de delincuentes, que ha robado poco, mientras son casos muy excepcionales los delincuentes que allí están porque han robado mucho. Y, mientras tanto, el lenguaje oficial delira y el delirio del lenguaje oficial es la normalidad del sistema.

Y los Ministros o Ministras de Justicia de las distintas democracias occidentales dicen que las cárceles son un instrumento de reinserción del delincuente -eso dicen los Ministros de Justicia- mientras la droga entra a manos llenas en las prisiones, para que la intranquilidad del drogodependiente no signifique la intranquilidad del contribuyente.

La caridad y el desprecio son la cara y la cruz de la misma moneda en esta sociedad en la que vivimos. Quienes se consideran con absoluto derecho de pedir a las administraciones públicas que tomen cuantas medidas sean necesarias para dar una oportunidad a tanto muchacho y tanta muchacha como cae en este mundo, quienes se consideran con ese derecho a exigir legítimamente soluciones, se consideran con el mismo derecho a impedir que esas mismas administraciones tomen determinadas medidas, cuando se trata de abrir un centro para drogodependientes en cualquier barriada de cualquier pueblo o de cualquier ciudad de nuestras respectivas Comunidades Autónomas

Así que, señoras y señores, tenemos, desde mi punto de vista el siguiente panorama: primero, unos jóvenes que caen en la drogadicción y que, a lo mejor, inconscientemente, creen que están contribuyendo con esa postura al fracaso del sistema, sin darse cuenta de que lo que están haciendo es potenciándolo y haciéndolo triunfar. Segundo: una sociedad que castiga severamente los efectos

delictivos -que no los delincuentes- sino los efectos delictivos que conlleva la drogadicción y que, para su tranquilidad, para la tranquilidad de la sociedad, asiste impasible al tráfico y consumo de droga en nuestras prisiones españolas. Tercero: unas familias que jamás has sabido o han querido o han podido explicarnos a los responsables políticos las motivaciones que impulsaron a sus hijos a transitar por esos caminos. Cuarto: un poder político, perplejo ante la situación, dispuesto en muchas ocasiones de una forma irresponsable a batir records de originalidades más o menos afortunadas en este campo, pero, desde luego, absolutamente desordenadas unas soluciones de otras. Quinto: unos educadores, -ahora que se habla tanto de prevención y con tanta razón- unos educadores de nuestros hijos que tienen que educarles en salud, sin que la asignatura de educación en salud haya figurado ni figura jamás en ningún curriculum de las carreras que posibilitan el acceso a la enseñanza.

¿Qué es lo que nos queda? Nos queda un grupo de asociaciones que pretenden hacerse oír, pero que no tienen, desde mi punto de vista, capacidad de exponer sus propuestas allí donde sus propuestas pueden ser debatidas, discutidas, y puestas en marcha. Yo les animo, sin ninguna duda, les animo a continuar con su tarea, que me parece que es una tarea, noble y valerosa. Pero, al mismo tiempo que les animo a continuar con esta tarea, les invito a buscar una correa de transmisión que pueda llevar adelante sus propuestas, que pueda traducir sus propuestas a los centros de poder, donde se pueden tomar definitivamente decisiones, sea el Parlamento Nacional, sea el Gobierno Nacional, sean los Parlamentos Autonómicos, sean los Gobiernos Autonómicos, sea el Parlamento Europeo, sea el Gobierno Europeo.

En una democracia parlamentaria como la que vivimos solo hay una correa de transmisión que pueda ser eficaz para que las asociaciones tan nobles y valerosas que ustedes representan, puedan hacerse oír, no solamente en la sociedad, sino que puedan trasladar sus propuestas para que sean debatidas, discutidas y ejecutadas. Y la única correa de transmisión posible en una democracia parlamentaria son los partidos políticos. Elijan ustedes como correa de transmisión- no estoy invitando a nadie a la filiación- elijan ustedes como transmisión, -imiten al Delegado Nacional del Plan sobre Drogas que ha tomado la decisión de ser diputado nacional para llevar seguramente, sin duda, las propuestas que ha vivido a lo largo de estos años, al Parlamento, donde de verdad se pueden tomar decisiones- utilicen a los partidos políticos como correa de transmisión para que sus propuestas no solamente sean oídas en la sociedad, sin duda, de una forma minoritaria, como verán ustedes a la clausura de este Congreso, en la repercusión que tengan todos los medios nacionales; porque estamos entretenidos los políticos en otros temas de mucha más embergadura como, por ejemplo, como se constituyen las Cortes etc., que tienen tantísima y tantísima importancia frente a este pequeñísimo problema que es nuestra juventud, metida en este catastrófico mundo, utilicen esa correa de transmisión, busquen al que quieran. Utilicéno, porque es un instrumento de representación de los ciudadanos y exijan, a través de ese instrumento, propuestas claras, arriesgadas y útiles para los intereses que ustedes defienden y que en el día de hoy y en días anteriores y en días sucesivos son también los intereses que yo quiero representar y que quiero defender.

Nada más y muchas gracias